

FERNAN SILVA VALDES

# LEYENDA

(Tradiciones y costumbres  
uruguayas)



FERNAN SILVA VALDES

# Leyenda

( Tradiciones y costumbres uruguayas )

MONTEVIDEO

1936

**Al Uruguay — mi patria — ofrezco estas  
leyendas, que recogí moribundas.**

**F. S. V.**

## Leyenda del gaucho que tenía payé

Yo creía que las leyendas sólo quedaban quietas en los libros, resultado del trabajo de los escritores enamorados de esos temas, muchas de ellas sacadas a luz modernamente de libros antiguos, de crónicas de viajeros o de conquistadores.

Mas he aquí que he tenido la alegría de comprobar, que aun quedan leyendas y supersticiones vagando vaporesas como colas de novia en las noches asombradas de los fogones campesinos, trasmitidas de la boca de los abuelos a la de los nietos. Aun quedan leyendas vivas que ponen miedo y sugestión en las gentes del pago, leyendas vivas y agresivas a veces, que se cuentan en voz baja, con temor, y contra las cuales no se atreven a enfrentarse los hombres del campo más valientes sino por excepción, atrevimientos con finales trágicos que las corroboran, que las adentran más to-

davía en el pensamiento y en el miedo de los morados campesinos.

Puede decirse que las leyendas fabulosas de mi tierra aun no están escritas. Los mitos creados por la imaginación de los hombres que viven la soledad campestre, todavía vagan a las orillas de las lagunas y de los arroyos, en las grutas húmedas de las piedras; viven y bailan sus danzas nocturnas alrededor de las cruces, en los "pasos" de los ríos con nombres guaraníes.

En esta mi tierra todavía quedan "arueras" de mala sombra que merecen todo el respeto de los vecinos, a las cuales — como antaño — se sigue rindiendo miedo en el clásico saludo al revés: con el "buenos días, señora aruera", si es de noche; con el "buenas noches, señora aruera", si es de día.

Restan aun — allá por el norte, lindando con el Brasil — gauchos con "payé", hombres que se creen envueltos en el retobo del misterio y que se dan de pechadas contra la muerte o lo desconocido, confiados en el amuleto que llevan colgado al cuello, bajo la ropa, "compuesto" clásicamente con la dichosa y fantástica plumita del legendario caburé.

Ante el deseo, expresado públicamente, de obtener datos sobre supersticiones, leyendas y costumbres que entren en ese marco misterioso y atrayente, estoy recibiendo noticias de viejos criollos, que son documen-

los de innegable interés, piedras fundamentales sobre las cuales los artistas podemos ir alcanzando el templo del mito popular.

Sobre algunas de ellas ya he trabajado, dándoles realce poético, que es lo que cuadra a su esencia de mito. Otras, me llegan con paso tan certero y trazas tan vivas de autenticidad en su calidad de datos ilustrativos que merecen ser publicadas en su estado primitivo y documentario. Y así doy a conocer la siguiente, suprimiéndole preámbulos que no interesan al lector — ya que viene en forma de carta — e introduciendo algunas modificaciones de forma sin alterar por ello lo sustancial del trágico episodio. Además he creído conveniente ponerle un título adecuado y por mi cuenta. Hela aquí:

### *El gaucho que tenía "payé"*

Este hecho aconteció a fines del siglo pasado, en una estancia del departamento de Artigas, a orillas del río Uruguay, y fué presenciado por el paisano que me envía el relato, que era a la sazón peón de dicho establecimiento de campo, el cual se llamó durante mucho tiempo "la estancia vieja", hasta que lo compró el escocés Mácperson. El capataz de dicha estancia se apellidaba Morales y era bueno y trabajador, aunque algo compadre y muy supersticioso. Tenía un "pa-

yé" que estimaba mucho. Mácperson compró el establecimiento en Montevideo y luego fué a tomar posesión del mismo. Allí hizo relación lógica con Morales. El escocés, de su español recién aprendido en la ciudad tenía predilección por la frase: "macanas, todo macanas", de la cual hizo tanto uso y abuso que llegó a irritar al capataz Morales.

Cuando le contaban cosas inverosímiles, levantaba los hombros en gesto de incredulidad diciendo con desprecio: "macanas... todo macanas".

Una de las veces en que se comentaban delante del patrón las valentías del capataz — las cuales eran debidas al "payé", — Morales leyó en el gesto del gringo la frase incrédula y mortificante. Entonces el gaucho, encarándose con el escocés, le dijo:

— Vea, don Mácperson: si soy valiente, reconozco que no es tanto por mí como por el "payé" que me acompaña. Aunque quisiera ser maula no podría. El "payé" que me acompaña siempre y llevo colgado en el pecho está "compuesto" con tres plumas de caburé. No hay hombre ni fiera que pueda contra mí.

— Macanas...

Ya había aparecido la odiosa palabra. El capataz se puso pálido al verse desmentido con tal tono de desprecio. Insistió aún:

— ¡Pero no le digo, don, que tengo un "payé"! Mi-relo. A usted sólo se lo enseño. Y se desprendió la ca-

misa mostrando una pequeña bolsa de cuero sudada y negruzca que colgaba sobre su pecho.

—¡Macanas... macanas! — repitió el extranjero apurando el resto de un vaso de whisky.

Irritado, Morales contó una serie de milagros que debía a su amuleto, sin que el patrón cambiase de actitud. Recuerdo bien que era un domingo y que los peones estábamos presentes descansando de los rudos trabajos de la semana.

Morales se puso de pie. Podía el gringo dudar de las virtudes de su madre. En realidad él no estaba seguro de quién había sido su padre; pero, ¿dudar de su talismán, tener por falso su poder?... ¡Eso nunca!

—Oiga, don Mácperson: vamos a hacer una prueba. Dicho esto sacó de entre sus ropas una pistola de dos caños. El tenía sus armas a la vista y sus armas ocultas. Se la ofreció al extranjero y éste la tomó sin saber lo que hacía.

—Yo puedo matarlo a usted si quiero, dijo Morales, y usted en cambio no puede hacerme nada a mí. Pero no abusaré porque lo aprecio y porque es mi patrón. Prefiero que se convenza por sus propios ojos. ¡Tíre!

Morales se abrió con ambas manos la camisa, mostrando el pecho desnudo y la prodigiosa bolsita. Podía Mácperson hacer fuego sin cuidado. Se lo decía con aire de reto. Los peones seguíamos con interés las alternativas de la discusión. Esto avivaba el temperamen-

to algo compadre de Morales. Mácperson, a pesar de estar algo borracho de whisky, reconoció que la proposición era absurda. Aquel paisano se había vuelto loco y en su soberbia confianza hasta parecía burlarse de él.

—Tiene miedo de tirar y hace bien. La bala rebotará sobre mi pecho hiriéndolo a usted. Colóquese de manera que no lo alcance.

El patrón, como si no entendiese estas recomendaciones, con cara de tomar el asunto esta vez en serio, y apuntando al pecho del capataz poseído por su fe en el amuleto, dijo con voz firme:

—¡Mirá que tiro! ¡Déjate de macanas que tiro!...

—¡Tirá, gringo, para que podás convencerte del poder de mi "payé"!

—Mirá que hago fuego!— volvió a repetir el extranjero con voz sombría, con una voz que todavía escucho patente a pesar de los muchos años transcurridos.

Se perdió entre los dos todo respeto.

—¡Tirá de una vez, descréido, hereje! ¡Vos no sos escocés, vos sos un...! No pudo continuar. El gringo apretó los dos gatillos y una nube se extendió ante nuestros ojos. Al disolverse el humo vimos a Morales tendido a los pies del patrón, con los brazos abiertos y el pecho destrozado. Así se fué estirando hasta la muerte. Tenía una dura sonrisa de soberbia confianza.

L E Y E N D A

do fe incommovible, que sería el último de sus gestos.

Lo enterramos allí cerca. Está todavía la cruz de fierro que pusimos en su memoria y que desde entonces se llama la cruz de "plumas de caburé", nombre con el que se conoce aquella parte de la estancia donde pasé tantos años felices.

Tal es el relato — como antes expresé — recibido de manos de un hombre de campo, pintando uno de los episodios más vigorosos y originales provocado por el amor propio de un gaucho que se creía invencible al estar "retobado", es decir: como envuelto en el misterio imperforable del "payé".



## LEYENDAS DE ACHAR



## Leyendas de Achar

“Leyendas de Achar”: así me pide que intitule esta leyenda extraordinaria que embellece los pagos del arroyo Achar en el departamento de Tacuarembó (Uruguay), la persona que me la trasmite (1) tal como la oyó a su vez, en su adolescencia, de boca de un viejo gaucho, en el mismo paraje en que sucedió el episodio y, como es de suponerse, narrado en las lerdas horas del campo, durante las consejas nocturnas de la cocina, de aquellas cocinas grandotas, tostadas por la estrella humeante del fogón.

Diz que eran dos hermanos, gauchos como para un apuro, y en lides de amor, capaces de llevarse en ancas al lucero de la mañana.

(1) La señora Elisa Santiago de Martínez, quien la oyó al gaucho «Carolo», el vecino más antiguo de la región.

Y así fué nomás, puesto que uno de ellos, si no enancó sobre su flete a la mentada estrella, símbolo de la belleza vespertina, enancó en cambio, a la flor del pago, que también es lucero. Y naturalmente que, estrella por estrella, hasta los poetas nos quedamos con la de la tierra, que es el sueño y la ilusión al alcance de la mano.

Bien. Siguiendo el hilo de esta historia, repito que eran dos hermanos: Cruz y Patricio, de apelativo Colmán. Y no sólo lo eran en el hecho de llevar la misma sangre y apellido, puesto que los hermanaba también igual nobleza, igual valentía y un compañerismo en el compartir las horas de la vida a prueba de todo, es decir, a prueba de todo menos de lo único que no se puede tener a medias o en sociedad: la mujer amada.

Y la mujer amada — amada por ambos al mismo tiempo — los separó para siempre, de arriba a abajo, como un hachazo violento a favor de la veta.

Ella se llamaba Clorinda, y era hija de un puestero de la gran estancia en que los hermanos trabajaban como peones.

Mientras se criaba, mientras fué pimpollo, no llamó mayormente la atención; ni daba perfume ni tenía color. Pero a la muchacha le llegaron los 15 años, y al sentir la vida, el amor — ese amor aun no se sabe por quién que sienten las mujeres a los 15 años — le coloreó las mejillas de adentro afuera con pinceladas de

sangre, y le brilló en los ojos, y le blanqueó la sonrisa, y le abultó los pechos, y le clavó una vara de junco de la cabeza a los talones, como una nueva columna vertebral. Y como aquellos ojos de niña miraron en mujer, y aquellos labios sonrieron en medias lunas de amor — como quien dice, mentando al cielo —, y aquellos pechos temblaron de pasión, y el junco de aquel cuerpo se cimbró con esbeltez, Clorinda se convirtió en la “flor del pago” infaltable en las leyendas de amor.

Y todos los mozos del lugar rondaron el rancho. Y todos la tuvieron en su ser, de arriba para abajo: un poco en la frente, un poco en el pecho, un poco en el sexo...

Pero ella, coqueta y linda, a éste un silencio, a aquél un desprecio, a otro un “no quiero”, hizo que los mozos fueran raleando sus visitas al rancho, menos Cruz y Patricio, los hermanos Colmán. Y dicen las mentas, o las malas lenguas, que a los dos los quería, o que jugaba con los dos, pues no se decidía por ninguno ni a ninguno rechazaba.

Y en este juego ganó el más osado, el más decidido, que así acontece siempre en lides de amor.

El más decidido fué Patricio, y una noche de luna se la llevó en las ancas, sobre el poncho doblado en dos, a la manera de aquellos tiempos, sin que lo supiera nadie... , nadie menos las viejas, que siempre son las adivinas y las cronistas del pago.

Y las viejas le dijeron a Cruz lo que había sucedido; y Cruz, envenenado por los celos, ensilló su caballo e lunarejo y salió a recuperar lo que también creía suyo: ¡Clorinda, con amor o sin él, pero Clorinda!

Las viejas que le llevaron la noticia no se la dieron desnuda, por cierto, y entre los detalles, mitad verdad y mitad mentira con que la vistieron, no faltaba, eso sí, la verdad del rumbo:

—Agarraron como para la barra del Achar... Iban al trote chasquero, en el moro grande. La chispeaba el “preparo” a la luz de la luna. Y enseguida esto, que era casi un consejo: Bandedá y tirate para el lado del pueblo, que éstos buscan cura o monte.

No precisaba más el hermano burlado, y salió al galope buscando la barra del arroyo Achar, en el río Negro.

Con luna lunanca en el cielo, bichos de luz sobre el pasto y rabia y opresión en el pecho, como si llevara las boleadoras atadas al pescuezo en vez de a la cintura, fué enhebrando en el rumbo las horas de la noche.

El día empezó a pintar como un recién nacido. Allá, por encima de los montes, el sol salía como un as de oros. Y en el playo del paso los alcanzó a ver. Le taparon el sol y se le agrandaron varios cuerpos, como en una pesadilla. Lanzó una exclamación mezcla de alegría y de coraje; le clavó las nazarenas al caballo, y a poco no más, estuvo cerca de ellos. Marchaban al trote, sin apuro, como quienes no llevan prisa por llegar a un des-

tino, ya que el destino, o lo habían alcanzado o lo llevaban en sí mismos.

Patricio, cuando lo vió llegar, sin huir — que no era hombre de hacerlo —, echó pie a tierra, le dió a ella las riendas del montado y esperó a su hermano. Hubo pocas palabras y grandes hechos: —

— ¡Me la robaste!

— Hermano, no te robé nada porque era mía. Ahí la tenés. Preguntáale con quién de los dos quiere dirse. Si me la llevo, me la llevo a ley de amor.

Ella, con silencio nervioso, aprobaba las palabras de su amado. Y Cruz, falto de argumento, desenvainó el cuchillo. Patricio también, y se fueron uno sobre el otro.

Glorinda dió un grito de espanto. El caballo se asustó y partió al galope. Quedaron solos, frente a frente, acollarados por la coyunda del rencor.

Una nube les borró la luna y la noche cerró los ojos con miedo de verlos.

Pelcaron.

Se hirieron una y otra vez. Hasta en eso fueron parejos los dos hermanos: hasta en el darse de puñaladas, hasta en el resistirlas. Y no venció uno, vencieron los dos; o, si les gusta más: perdieron los dos. Y antes de caer, el último esfuerzo fué para despedirse, para tenderse las manos en un apretón trágico y único, sin ejemplo conocido, despedida sin padre ni madre, que yo sepa: despedida guacha, como quien dice.

Allí murieron. Allí los sepultaron uno frente al otro; esta vez no acollarados por el rencor, sí acollarados por el compañerismo volvedor que tornaba, a la hora de la muerte, a la querencia de sus corazones.

A ella la llevó el caballo hasta la orilla de la laguna. Por allí anduvo, desmelenada como un sauce, dos o tres días, hasta que un atardecer, atándose al pescuezo el último gemido, se tiró al agua.

De ahí parte la leyenda de la "laguna asombrada", pues todos los viernes santos, aniversario del suceso, a la misma hora en que éste tuvo cumplimiento, se oye un grito de mujer seguido del ruido que hace un cuerpo al caer al agua.

En cuanto a ellos, los hermanos, dieron motivo, con su muerte extraordinaria de romanticismo y de trágica poesía, a la leyenda de las dos lagunas que se denominan "de las maletas", las cuales, según la tradición, se formaron del siguiente modo: en el lugar en que fueron sepultados uno frente al otro, como ya sabemos, nacieron dos charcos, los que, andando el tiempo, fueron agrandándose año tras año, hasta ser hoy esas lagunas hermanas que están unidas como por un puente de tierra, ya que las aguas — quién sabe por qué misterio — dejaron seco el lugar en que los hermanos rivales, sin fuerzas ya para seguir empuñando los cuchillos, se estrecharon las manos por última vez, perdonándose su odio, hijo del amor hacia la misma mujer, en el momento solemne de llegar a la gran portera de la muerte.

**LEYENDA  
DEL PASO DE LA CRUZ**



## Leyenda del Paso de la Cruz

En muchos lugares de mi tierra hay parajes llamados "de la cruz". Cerros, arroyos, cañadas, pasos, etcétera. Todos tienen su historia, generalmente vulgar y parecida: una muerte, luego una cruz señalando el sitio en que yace el finado, cuando no el lugar del crimen; y luego el tiempo goteando sobre el paraje su agua de olvido o de recuerdo; borrando el episodio o avivándolo hasta la fábula; que el árbol depende de la semilla y hay hechos trágicos que, por lo vulgares, no tienen savia para dar brotos de leyenda; y otros hay que la tienen, y en vez de caer en el olvido, brotan frondas fabulosas a cuyas sombras crecen los fantasmas legendarios.

Y así, de las historias de todas las cruces que de hecho o de nombre califican tantos sitios del campo, ninguna tan extraordinaria como ésta que he descubierto y que voy a narrar.

El "paso de la cruz" al cual me refiero, es un vado sobre uno de los ríos más bellos del país: el río Yi, que es como decir agua dos veces, ya que en lengua guaraní la letra "i" pronunciada de un modo particular quiere decir agua.

En dicho paso, a la sazón no se ve ninguna cruz que justifique el nombre, pero si ésta ya no existe, flota aún por el lugar la cola misteriosa de su leyenda poética y fantástica como pocas, muy desvaída y deshilachada ya, como las telas próceres, y a la cual intento fijar antes de que se borre del todo bajo el trillo de la civilización.

Vamos con ella.

Diz que era un hombre muy bueno pero que en su juventud había sido un gran pecador. La vida de los hombres, y hasta la de los santos, está nutrida de casos así.

El nuestro, de joven había sido "mozo flor". Flor de pecado, que es la flor señuelo, a oler el perfume de la cual nos allegamos con facilidad mayor que al de la virtud. Y el gaucho flor que les estoy mentando atraía con algo de diablo en la simpatía que inspiraba a machos y a hembras.

Se decía que era hombre "acompañado", es decir, que poseía un talismán "compuesto" con plumas de caburé; "compostura" que le había hecho un indio brujo que curaba moribundos y realizaba milagros. Y

así, apoyado en su fe, el mozo de esta historia copaba bancas en las carpetas de juego, y corazones en los bailongos. Si no era el clásico caballero "sin miedo y sin tacha", era el caballero sin miedo y sin falla.

Y los hombres lo temían; y las mujeres lo soñaban. e

A su paso, los corazones de las chinas románticas y queredonas se estremecían como queriendo volverse hacia arriba, para señalar con sus puntas de brújulas humanas el rumbo del hombre que los imantaba.

Mas si el éxito da amigos, también da — por supuesto — enemigos, y como la naturaleza paga bien por bien y mal por mal, el hombre empezó a cosechar en contra, vale decir: su siembra de males. Luego, al pisar la madurez de sus años, se le despejó algún claro de su celeste interior, y su conciencia se le paró de manos, v voleándolo. Se levantó maltrecho de su golpe espiritual, y desde ese punto de su vida comenzó a ser lo contrario de lo que fuera hasta el momento. El dedo de la gracia le tocó la llaga y empezó a andar el camino de su perfección.

Años y penas le costó hacer olvidar su ayer. Mas tanto dió en el clavo, tanto bien hizo, que las nuevas generaciones lo tuvieron por santo, y una aureola de prestigio le rodeó sus brazos por el cuello, a manera de nimbo lúcido, y el pago entero lo bendijo.

Las mozas, cada vez que tenían conversación con él, eran tomadas por singular curiosidad. Ellas sabían,

por las mentas, que había sido diablo el anciano que ahora tenía todas las trazas de un santo. Sentían a su lado una emoción que no acertaban a explicarse; y era que podían pasar entre sus dedos — como un rosario— las cuentas vivas aun de la leyenda, que siempre nos atrae y nos tironea hacia los ángulos en penumbra del mito.

Y bien: el pago tenía su santo.

Pero males de otra maldad anidan en el alma de otros hombres, y hombres forasteros, de espíritu cruel y suelto, sin ligaduras con el ayer ni con el mañana, llegaron al lugar, no respetando el prestigio del anciano, en el cual sólo vieron un viejo brujo de larga historia que “debía tener plata escondida”; y una noche, para arrancarle el secreto del escondite de un oro que no existía, lo golpearon hasta causarle la muerte. Los asesinos, con el fin de esconderlo, lo dejaron oculto entre unas piedras, a la sombra pobre de unos talas, más con el fin de ocultarlo que de darle sepultura, aun cuando ésta era una manera de sepultar, en los casos en que estuviera muy distante la tierra sagrada del cementerio.

Y hasta aquí la historia; ahora viene la leyenda.

Diz que como no fué velado ni cubierto por la madre tierra, su alma no descansaba en paz, saliendo durante la noche a vagar en forma de luz mala que cumple penitencia. Y era un alma en pena. Salía en las no-

ches oscuras su luz azulada, esa lucecita que acompaña a los jinetes y se posa en las ancas del caballo, ni más ni menos que las luces malas de todos los cuentos.

Al cabo de unos años, la fama del paraje fué creciendo, apoyada, como las víboras, en su cola de misterio. Tenía que ser valiente el hombre que se atreviera a pasar por allí. Uno que otro gaucho guapo lo hacía de vez en cuando mediante alguna apuesta; mas así quedaba: loco, idiota, cuando no muerto, valgan las afirmaciones de los habitantes de la región. Pero es que así, con sales de asombro, y de miedo, y de fantasía, se sazona el episodio que ha de llegar a la fábula o ha de elevarse hasta el mito. Entonces es cuando:

Crece, crece la leyenda  
como un hongo, y va formando  
corrales de palo a pique  
con muertos resucitados.

¡Pago desgraciado aquel en el cual no había un alma buena que clavara una cruz por el finado! Entonces, milagrosamente, en el sitio del crimen, nació una planta. Esa planta, en pocos meses creció tanto que llegó a ser un árbol vigoroso, y éste árbol tomó la forma de una cruz.

Era eso más que un árbol: una cruz. Un tronco con dos brazos horizontales, sin ramas ni hojas.

De los pagos más distantes vinieron las gentes a contemplar el milagro, que tal era el nacimiento extraño de la cruz extraordinaria.

Todas las primaveras echaba brotos, los cuales crecían hasta ser ramitas tiernas y rojas, de ese rojo húmedo que lucen las canillitas de los teros. Pero no pasaba de ahí, pues enseguida, con los primeros soles fuertes, se secaban, quedando nuevamente adusto y vigoroso el tronco, asistido de las dos ramas mutiladas formando, limpia, la cruz.

Y los horneros hacían nido, y las lechiguanas miel.

Y el alma en pena dejó de penar. Se apagó definitivamente la luz mala. La gente ya se animaba a transitar por el sitio, en las noches sin luna, sin ningún recelo. Al cabo de unos años más, la cruz, o mejor dicho, el árbol, se secó. Había llegado el término de su vida, y se murió como cualquier árbol.

Seco, era más cruz todavía.

Cierta vez un hombre inescrupuloso y hereje, al pasar a su lado volviendo de montar, le dió un hachazo cortándole uno de los brazos, el cual se llevó a su rancho para hacer fuego.

—Total, se había dicho, ésta es una rama seca como cualquier otra.

Y aquí se realizó otro acto del milagro. (No olvide el lector que estamos dentro del círculo mágico de la leyenda).

Fuego extraño fué el que obtuvo el leñador atrevido que mutiló con su hacha el símbolo cristiano. Como ya lo he dicho, la leyenda en este punto echa una nueva y hermosa rama que dará su sombra de consuelo a quien se le acerque, sea o no merecedor de ello, como que empieza por darla al propio autor de la herejía. Aquel tronco ardió en un fuego sagrado. Trafoguero de largo término, a cuyo rescoldo se cicatrizaban las heridas y se curaban los daños. Leño bendito, cuyo calor sanaba males del cuerpo y del alma. Tal fué así que el leñador — hombre sin entrañas— se convirtió en un buen hombre, respetuoso del vecino y de las creencias de los demás. En su pecho, antes vacío de sentimientos nobles, anidaron las virtudes y de él volaron, también, los pájaros de la esperanza. Después, operada la conversión, el tronco se consumió.

Mas al par que esto sucedía, diz que el árbol, seco y todo, echó un broto en el sitio herido por el filo del hacha, y que ese broto llegó nuevamente a ser gruesa rama, la cual se truncó al llegar al largor necesario para volver a ser brazo de la cruz.

Tal es la nueva y última faz de la leyenda, inverosímil como la fábula, como el mito; pero encantadora y extraordinaria de belleza, creada por la imaginación popular a lo largo de varias generaciones campesinas. Tal la nueva y última cara del poema que yo he podido reconstruir veta tras veta, huella tras huella, llenan-

F E R N A N S I L V A V A L D E S

do claros y desechando contradicciones, y que hoy ofrezco así, limpio y ajustado en todas sus piezas maravillosas, al río Yí, al dos veces río, cuyas aguas orilleras me cantaron la primer canción nativa, y cuyas márgenes dieron puntillas de ñandutí a las ropas de mi cuna.

**LEYENDA  
DEL PASO DE LOS TOROS**



## Leyenda del Paso de los Toros

El Paso de los Toros, sobre el río Negro, que parte en dos zonas el territorio de la República Oriental, es y fué siempre el más importante de dicho río. A mí, muchas veces el nombre, hermoso si los hay, me sonó a poesía y a leyenda; la que nunca escribí por falta de datos, hasta hoy, que la escribo sobre la desnudez de una noticia que he vestido con lo mejor de mis trapos. Era, pues, el paso obligado sobre el río, en una gran zona de leguas y leguas de campo. Por allí pasaban las grandes tropas de novillos y toros bravos, aquellos toros criollos chupados y guampudos, que sólo quedan en las mentas y cuya carne tenía un sabor que nuestro paladar ya ha perdido para siempre. El paso era bravo, hondo, peligroso, por lo cual algunos animales no ahogaban en la corriente, que más de una vez se llevó a los propios troperos. A media legua escasa, ha-

bía una extraña piedra en forma de cruz, a cuyo pie, como para hacerla más extraordinaria, brotaba un manantial de agua casi dulce. Cruz milagrosa cuya sombra — siempre según la leyenda — se prolongaba fantástica en una longitud impropia de su escaso metro de altura.

Los troperos, antes de caer al paso para bandear el río, tenían que pasar junto a la cruz, y como hombres creyentes y primitivos, mantenían fácil la religión heredada de los españoles, y en la cercanía de todo peligro, intensificaban, lógica y humanamente, su creencia y fervor. Por eso, antes de caer al paso, al llegar junto a la cruz milagrosa, descabalgaban, e hincando una rodilla se santiguaban, humedeciendo los dedos en el agua como bendita del manantial, a fin de salir “con bien” del trance. Y ahora vamos a contar lo que sucedió en los pagos del Paso de los Toros, hace muchos años, no sé cuántos, los que se necesitan para engordar una leyenda.

### *La rubia de “Las arueras”*

La rubia del rancharío Las arueras, si no tenía el diablo en el cuerpo, lo tenía en el alma. Había quien afirmaba lo uno, y quien afirmaba lo otro, pero que lo tenía, lo tenía, sin vuelta de hoja. Era linda, justo como para hacer el mal. Porque cuando una mujer de

hermosura apuntada hacia el mal, se propone hacer daño a los hombres, lo consigue con facilidad, ya que éstos obran encandilados por su belleza. Y la rubia de esta historia, a la que para ser bruja completa, sólo le faltaba ser vieja y fea, se placía en jugar con los cristianos machos a quienes enamoraba. En cambio de su prometido amor, los sometía a las pruebas más crueles y diabólicas para perderlos en cuerpo y alma. Hacer que dos gauchos se agarraran a tajos por ella era ya episodio viejo y sobado. Así empezó su serie de maldades; pero esto era vulgar y primitivo, ahora ¡ha más adentro, ahora era más diabólica, y, por lo tanto, sometía a sus enamorados a luchas internas. Ya no enfrentaba un hombre con otro, cara a cara y facón a facón; ahora, maestra en su artimaña, los ponía cara a cara con su alma, en bárbara lucha entre materia y espíritu. A esta clase de prueba había obligado al tropero Ulpiano, su último enamorado, y en consecuencia, su última víctima.

—¿A que no pasás el paso cuando vengás con tropa, bien a lo hombre, sin miedo a las brujerías de los maullas, le había dicho. ¿A qué no lo pasás quebrando la costumbre mujeriega de apiarse junto a la cachimba y pedirle ayuda a la Virgen y a los santos pa bandiar con bien?

--Si vos me lo pedís, te juego a que lo bandeo ansiñita, mi china.

—¿Qué apostamos?

—Un montón de besos — dijo él.

—¿Besos en tropiya?

—¿Y por qué no, mi negra?

—Güeno, si lo hacés ansina seré pa vos — ofreció ella.

—¡Clavao!...

### *La pulpería*

La pulpería del gallego Gómez, cerca del paso. Olor a caña y yerba mate misturado con el más penetrante de los lomillos y las caronas nuevas. La voz gritona del pulpero, rezongándole al peón, se apagaba en el interior de la trastienda estibada hasta el techo de barricas y bolsas, como se apagaba el ras ras de las espuelas gauchas de cada hombre que se acercaba a la reja, con el rebenque coigado de la diestra, el chambergo despejando la frente, y el deseo de una caña bajando del cerebro hasta los labios. Y más afuera del arco que amparaba la clásica reja, atado bajo la enramada de palos chuecos y nudosos, seis u ocho caballos del medio, de todo pelo, de todo estado, y de distintos apuros, tanto como fueran distintas las fortunas de sus dueños.

El patrón o pulpero, atado a los deseos de la brava

clientela, adivinaba gestos, adulaba guapezas y servía vasitos de caña áspera y fuerte como pólvora líquida. Los caballos, atados al palenque, cabeza arriba o cabeza gacha, siempre reflejando la fortuna y la psicología de sus dueños, déle que déle a las coscojas, jugaban a los grillos sin saberlo.

La prima de alambre de una vihuela pialó la atención distraída de los hombres, hizo girar las cabezas y tironeó de seis u ocho placeres que anidaron desparrejos en el hoyo redondito de la guitarra de un cantor.

Una huella hizo achicar los ojos y relampaguear los dientes en las nubes oscuras de las barbas.

“A la güeya la güeya  
desen las manos,  
como se dan la pluma  
los escribanos”.

—Ese es un criollo — dijo uno de los oyentes y se sacó el sombrero, tomándolo de atrás, con ese modo peculiar que da la usanza del barbijo.

El cantor acorraló a la concurrencia en el lírico alambrado de las cuerdas, rasgó la huella clásica de las campanas platenses, y al primer verso le hizo pareja con este otro, como para que entraran juntos a apartar suspiros varones en el rodeo de los recuerdos.

“A la güeya la güeya  
desen los dedos,  
como se dan el pico  
los teruteros”.

Un tropero medio achispado inició las mudanzas de un zapateo y cayó sentado sobre unas bolsas de trigo. Le rociaron la gracia con una risotada.

El mozo, con un rubor de vergüenza bajo las barbas, quiso hacer una hombrada y levantándose se echó atrás el sombrero, dominó el grupo con el gesto y dijo:

—De mí no se van a rair los maulas que de puro miedo al demonio, antes de bandiar el paso se le hincan como mujeres a una piedra 'el camino, nomás que porque tiene forma'e cruz.

— Y usted nunca se le hincó? — interrogó uno de ellos entre enérgico y burlón.

—Yo nunquita, compañero. Aura mesmo voy a bandiar con mi tropa riyéndom'e la cruz y del demonio y de ustedes tuitos, que lo van atestiguar.

Esto diciendo se acercó a la reja engolado y altanero, pagó el gasto del cantor y el suyo, y se dirigió al palenque. De un tirón desató el nudo potriador, con que había atado a su zaino malacara, montó con soltura, y al trote chasquero desapareció en una vuelta del camino.

## La herejía

El hombre enredado en el encanto de la rubia que lo desvelaba, capataz de una tropa de novillos gordos, avanzó con sus peones hacia el vado. Al pasar cerca de la cruz, su gente creída y temerosa, descabalgó cumpliendo el rito legendario. El, contrastando con la actitud de sus peones, haciéndose el guapo y como para espantar un lejano temor, mirando la cruz de reojo y sin sacarse el sombrero espoleó al montado y lanzó una carcajada.

Luego de realizados los preparativos del caso, se echó al agua con su tropa y su gente; la tropilla adelante, la peonada en pelo, dando órdenes a gritos y haciendo recomendaciones a los punteros. El paso estaba regular. Casi en el medio de su anchor, la corriente que iba por abajo dibujaba una franja espumosa, que pasaba rápida, roncadora, sucia de leños y basuras en remolinos del diablo.

En pos de los señuelos, la tropa mutiló sus patas en el agua, se mojó la barriga, el vacío, y después de avanzar unos metros a volapié, comenzó a nadar, el hocico algo hacia arriba y el esfuerzo en lucha con la corriente coronándose en resoplidos y rezongos. La tropilla sacó alguna ventaja, las orejas gachas, los hocicos ansiosos, las colas a flor de agua tendidas y abiertas.

Hacía calor y algunos de los peones, gente alegre, se resbalaba entero al agua prendido de las crines o de la cola, para acabar de mojarse, para darse un baño o aliviar al caballo.

Y pasaron el Río Negro sin novedad.

El tropero se sintió fuerte de espíritu. El coraje se le iba agrandando en la carne cobarde. Al pisar la orilla opuesta, chicoteando el aire con otra carcajada, gritó:

—¡Ya no creo en brujas, muchachos!

Pero aquí viene la brujería, el "asombro" según la leyenda. No bien llegados a la orilla, notaron con asombro y terror que empezaban a realizar otra vez la operación de atravesar el río, como si el paso, rodando bajo sus pies, se les hubiera escapado hacia adelante, teniendo que bandearlo de nuevo. Y así fué; lo volvieron a pasar; y llegados por segunda vez a la orilla de enfrente, se repitió el fenómeno. Bandeaban, pero no bandeaban, porque sin darse cuenta, sin sentirse arrastrados hacia atrás, se encontraban siempre al principio del episodio. Y así, se pasaron cruzando el río de banda a banda toda la tarde hasta la noche.

Y todos los años, el mismo día se repetía el fenómeno del tropero enamorado que por obtener los favores de la endiablada y hermosa mujer, cometiera el sacrilegio de reírse de la cruz rompiendo con la tradición, y como alma en pena arreando sombras se pasaba des-

de la tarde al amanecer cruzando el río entre chapaleos de agua, resoplidos ansiosos de las bestias, gritos y silbidos de arreo, blasfemias y ayes de dolor mezclados con risotadas fuertes y ásperas como relinchos, hasta que con la claridad del alba se esfumaban las sombras fantasma de jinetes y toros de pesadilla.

Dicen que el embrujamiento, desde hace unos años ha sido deshecho. Consultado un hechicero mestizo de indio, luego que fueron descifrados los signos misteriosos de una lechuza, el modo de consumirse una vela de estancia, es decir: de sebo y casera; y otras mojigangas por el estilo, aconsejó lo siguiente: que el tropero culpable, el cual andaba como "ido" por el pago, enyugado al paraje y a la fecha de su pecado, debía realizar en sentido contrario el mismo episodio que le trajo su desgracia: venir de a caballo por el rumbo opuesto, y desmontado, arrodillándose ante la cruz de piedra, decir una oración al revés. Luego, en lugar de reírse, llorar arrepentido. Así lo hizo el tropero descreído y enamorado, punto por punto, y la brujería quedó despoída de su poder maléfico, mas no del todo, pues según las mentas, todavía, en ciertas noches, aun cuando no se ve, se oye pasar el vado a una tropa con sus largos balidos, el silbar vibrante y peculiar de los tropeiros, todo ello dominando por el clásico jhopa... jhopa... jhopa... de las arreadas.



**LEYENDA  
DE LOS DOS PAYADORES**



## Leyenda de los dos Payadores

Hablar de payadores es como hablar de algo legendario, ya desaparecido. ¿Verdad que ustedes no creen en la perduración de esos poetas primarios que tenían el don de la improvisación sobre cualquier tema, y que apoyados en su hermosa facultad se trababan en duelo lírico de preguntas y respuestas llenas de agudeza, serpeantes de gracia y grávidas de sabiduría sentenciosa? Yo tampoco creía que en la actualidad hubiera payadores, hasta que hace pocos años ellos mismos me desengañaron. Desengaño feliz. Y mis dudas no obedecían a la creencia de que los hombres hubieran perdido aquella facultad; obedecían, sí, a la creencia de que el medio ya no era propicio a su desarrollo, a la duda de que nuestra tierra en su estado actual de civilización continuara dando esos hermosos frutos de la lírica popular.

## FERNAN S I L V A V A L D E S

Y sin embargo los sigue produciendo, puesto que no han muerto los payadores.

Verdad que han evolucionado hacia los planos de la civilización. No diré que hayan perdido mucho en rudeza al pasar del estado semisalvaje al estado actual. Los payadores clásicos, por lo general, eran hombres sabidores. En ellos la rudeza no era una característica. Eran gauchos que se habían afinado en el ejercicio de su misión poética; gauchos elevados a un plano superior; como quien dice: parados en puntas de pie. Vivían en aquel medio social como flotando en la superficie: eran la espuma del tiempo gaucho. Así los payadores que entraron a la leyenda como Santos Vega, luego de ser realidad. Así los que sin haber adquirido aureola legendaria subsisten en la memoria de los viejos y en la noticia de los jóvenes.

Los de nuestro tiempo, aun sin poseer la fama de aquellos, han evolucionado de acuerdo con el medio ambiente, que es como decir de acuerdo con sus auditorios.

Ya no andan de "tapera en galpón"; se han venido a los pueblos, a las ciudades, donde encuentran mayor número de oyentes y donde hallan más fáciles medios de subsistencia. Por eso hubo famosos payadores puebleros como Gabino Ezeiza.

En otra oportunidad escribiré cómo me encontré frente a payadores auténticos. Hoy voy a evocar pri-

mero la figura de algunos de esos bardos semierrantes, que si no alcancé a conocer personalmente, conozco por mentas que me suelen hacer algunas personas que tuvieron trato con ellos. El más nombrado entre los payadores orientales de ayer fué Lindolfo Spikermuer; payador y cantor de notable voz, ya que es conveniente distinguir entre payadores y cantores. El payador tenía como principal virtud la de la improvisación poética, aunque poseyera escasa voz y no cantaba muy bien. El cantor — mucho más común — no improvisaba, sino que cantaba los versos ajenos, aunque él solía tener el suyo también. Ahora, cuando a las facultades de la improvisación se sumaba una hermosa voz y una técnica típica en el cantar, el payador era completo.

Creo que el payador sentía lo que improvisaba y sufría la influencia de sí mismo en su estado de exaltación lírica, es decir, que su vida cotidiana estaba nutrida e influenciada por los episodios más nobles de su existencia, que eran los momentos de la creación por una parte, y el peso alado de los innumerables episodios éticos y románticos que llevaba en el subconsciente al par que en la memoria. De ahí la nobleza proverbial de ciertos payadores célebres, como el nombrado Santos Vega; como Martín Fierro; si bien producto este último de la imaginación, no por ello exen-

to de realidad, como que es tipo bien representativo del personaje que nos ocupa.

Y aquí viene al caso el recuerdo de un episodio grande y hermoso que me cuentan unos amigos — los hermanos Cantú — criollos que tuvieron en sus mocedades frecuente trato con gauchos y payadores.

Ya estamos en el tiempo de los payadores que se han aquerenciado al ambiente de los pueblos chicos, es decir, estamos en lo que llamaría la segunda etapa en la evolución del payador, considerando como primera aquella que comprende la vida errante y azarosa del bardo primitivo, cantando de pago en pago y de pulpería en pulpería. Ya nuestro héroe vive en el pueblo. A veces es oriundo de él; a veces llegó del campo semisalvaje buscando subir el repecho de la fama o sencillamente el de la vida. El pueblo de este episodio se denomina San José de Mayo. Tenía sus payadores de fama regional, como los tuvieron todos los pueblos gauchos del Uruguay y de la Argentina.

Bien. El hecho se desarrolla alrededor de dos payadores, los mejores del pago. Entre esos dos bardos auténticos — vale decir, de alma e inspiración primarias — había un compañerismo solemne y respetuoso, derivado de la noble y mutua admiración de cada cual por el amigo, y lo que es más hermoso, por el rival. Extraña rivalidad que en vez de separarlos los unía. Ejemplar rivalidad — mejor dicho — que había sali-

do limpia, gambeteando contrapuntos sin vencedor, y cuerpeando esa tropilla de chismes e intrigas que en todos los pueblos-aldeas sabe arrear el diablo, de acuerdo con aquella sentencia que dice: "Pueblo chico, diablo grande".

Así era nomás. Entre aquellos dos payadores no había ni mejor ni peor. Ambos eran mejores. En esa cordialidad de empaque solemne y almidonado, corrieron los años iguales de sus vidas paralelas de líricos y célibes, ya que ambos — mujeriegos y todo — sólo se habían desposado con sus guitarras de madera canela como carne de mujer.

Uno de ellos se enfermó gravemente. Los amigos íntimos, los de verse todos los días, rodearon la cama. Pasaron varios días. Uno trajo al médico, y como el enfermo iba para atrás, otro trajo al curandero. No había nada que hacer. Cuando el mozo se dió cuenta de que la muerte se le venía encima, pidió a los amigos que le trajeran al otro payador.

Lo hallaron cantando en una pulpería de los arrabales, esas pulperías que ya empezaban a perder las características criollas para llamarse "almacenes", como ahora pierden su nombre de tales para llamarse "provisiones".

En cuanto dieron la noticia al hombre, se levantó, pidió permiso para retirarse y salió acompañado de los amigos del enfermo.

Todos — incluso el propio payador — creían que se le llamaba para despedirse sencillamente, en una despedida cordial de antiguos camaradas. Luego que hubieron entrado a la pieza del moribundo, el payador reclamado se adelantó hacia la cama, y antes de que tomara la palabra para decir cualquiera de esas frases vulgares aunque sentidas que se estilan en tales casos, el moribundo lo madrugó diciéndole, palabras más, palabras menos, estas frases que conmovieron desde abajo a los presentes: “Hermano, me voy de viaje p’al otro mundo y quiero llevar en los oídos y en el alma el canto gaucho que no puedo cantar yo en estos momentos. Por eso lo mandé buscar, amigazo. ¡Cuántas veces cantamos de compañeros, sin lastimarnos! Esta vez no lo puedo acompañar. Cante solo. Cante pa mí mientras me muero, que oyéndolo, no ha de ser tan fea como dicen la cara de la muerte!” Y el compañero, sobreponiéndose al dolor y a la emoción, cantó. ¡Y dicen las mentas que nunca cantó mejor!...

**LEYENDA  
DEL CASERON DE LA MUERTA**



## Leyenda del caserón de la muerta

Confieso que me interesan, que “me tiran” las brujerías, y quisiera creer en ellas más de lo que creo. El vulgo, en general, cree en estas cosas por ignorancia candorosa, y muchas gentes ilustradas creen — o quieren creer — en un sentido superior, de vuelta, por respeto a lo desconocido y más que nada, por la atracción del misterio. Es una manera de sentir la poesía del más allá.

Y bien. Estamos en un establecimiento ganadero, o mejor, en una estancia. Somos un grupo de gente civilizada. Hemos venido a pasar unos días de descanso. A despeinarnos el espíritu, levantándonos temprano, aspirando el gran aire de las cuchillas orientales al galope elástico de nuestros caballos cuarterones ... “al galopón por los campos sonoros”, como dije una vez en una frase concebida sin quererlo, tan de acaballo, que me salió con el ritmo del propio galope del potro.

Esa noche, después de comer, pasamos a la sala a tomar el café y jugar a la baraja. Díos nos cría y nosotros nos juntamos; por eso se forman dos grupos: uno de bridge y otro de truco. Naturalmente que yo estoy en éste. Me he dado el gusto de enseñar el juego del truco a tres amigas.

El partido era de seis. Confieso que jugar a este juego entre hombres, es interesante, pero jugarlo con intervención de damas, es encantador. Desde luego que cada chambonada de la compañera, lejos de ser motivo de crítica o de enojo, es motivo de comentarios graciosos y amables.

Bueno. Dieron las doce. Alguien recordó que era la hora clásica de los fantasmas y de las brujas; y como por aquellos pagos queda aún flotando en la noche la cola blanca del misterio, salimos a tomar la luna antes de acostarnos, y entonces yo propuse ir a tomar un poco de misterio. Y fuimos; pero no todos. Nos decidimos cinco solamente. Montamos en un auto y nos dirigimos hacia "El caserón de la muerta".

Quedaba cerca. Era una ruina de piedra. Antiguamente había sido una pulpería clásica. Aún quedaba el arco de entrada y las huellas de la reja de hierro, por donde se atendía desconfiadamente a la brava clientela del vaso de caña o de ginebra.

"El caserón de la muerta" o la "Azotea de piedra", como se le llamó en otro tiempo, tenía su leyenda, que

era la siguiente: el pulpero había sido un vasco honrado y laborioso. Su mujer le había dado varias hijas, casi todas rubias, rosadas, y lindas. Una sobre todo (que siempre entre las lindas hay una más linda). Era "la flor del pago". Por ella había siempre una fila de pingos en el palenque jugando a los grillos con las coscojas del freno, mientras sus dueños, en el interior de la pulpería, junto a la reja, se empinaban copas y copas, para matar el tiempo orejeando con los ojos y la mente, el momento de ver a la moza cruzar la trastienda en sus quehaceres domésticos: casera, linda y hacendosa.

Era bravo y duro el vasco, que sino, esa paloma no hubiera estado mucho en el palomar. La grupa de muchos fletes se lustraba sola al influjo del pensamiento de más de un gaucho que amansaba el viril deseo de llevarla en ancas. Pero la cosa no pasaba de ahí ... Hasta que pasó. Muerto el vasco viejo, la familia perdió su guía; las muchachas se volvieron muy alegres: a dos por tres estaban de baile; y en uno de esos bailecitos la paloma voló.

A raíz del episodio, en el pago sacaron estos versos que le oí cantar a un gaucho viejo en una cocina negra, entre el humo de la leña y el sonar del aguacero:

La cortejaba un mozo  
Cantor y guitarrero,  
Y una noche de luna

Se la llevó en las ancas  
—Vidalitay—

De su caballo negro.

La paseó por los campos;  
La paseó por las sendas;  
De lo felices que eran  
—Vidalitay—

Todos se hacían lenguas.

Cuando la vió dormida,  
La miró un largo rato  
Y se fué y no volvió ...  
Después la hallaron muerta,  
Con los ojos abiertos  
—Vidalitay—

Y la cara hacia Dios.

Del tal manera el pago  
La supo bien llorar,  
Que hasta los pajaritos  
—Vidalitay—

Dejaron de cantar.

Hoy por allí en la noche  
No pasan los viajeros,  
Porque anda una "luz mala"  
Que se posa en las ancas  
—Vidalitay—

De los caballos negros.

Con la desgracia y la vergüenza, aquello siguió barranca abajo. Las otras palomas, como excitadas por el ejemplo, siguieron volando. La casa se hizo célebre, no sólo por la alegría de sus moradores sino también por las voces que se empezaron a correr. Se decía que en cada baile, a la media noche aparecía la muchacha muerta bailando con alguno de los concurrentes. Varios afirmaban haberla visto. Y cuando esto sucedía, el que con ella bailaba lo hacía sin darse cuenta, como atontado, tal cual si fuera guiado por las riendas de una fuerza misteriosa. Bailaba como un sonámbulo, y luego, al tiempo, por haber sido, sin saberlo, compañero de la muerta, se moría misteriosamente.

El sebo del misterio y del asombro fué sobando los caireles de las fiestas. Por esta causa los bailes empezaron a ralea sus mozos y las mujeres se quedaron solas, se quedaron solas hasta que se las llevó el Demonio, una a una, como a la hermana aquella, sentadas sobre el poncho de verano puesto sobre las ancas del flete, que el diablo siempre anda bien montado.

Tal era la leyenda respecto al caserón de la muerta. Pues bien: hacia el sitio donde yacía la tapera aludida íbamos esa noche de luna, sedientos de embrujo, silenciosos, andando sobre el ruido suave del auto entre los pastos.

Y nos fuimos acercando. Raúl iba en el volante;

a su lado Rosina Caraba, la muchacha más simpática del mundo, alegre, dispuesta, cantora y guitarrera; y atrás mi prima Reina, su marido y yo. Instintivamente, como todo hombre que se aboca a un peligro, llevé la mano al revólver. Entonces Reina, con esa firmeza y ese encanto que le son peculiares, me dijo con tono casi maternal: no seas ridículo, dejá el revólver quieto, que si hay fantasmas o algo del otro mundo, no le vas a hacer nada con las balas. Al misterio hay que ir desnudo y valiente pero con respeto. Si tenés miedo rezá, pero dejá las armas para los fantasmas vivos, que a los muertos ya no hay que matarlos. Las reflexiones de mi prima fueron como un mandato. Ni siquiera me dieron vergüenza. Ella, como siempre, era la más dulce y era la más fuerte.

Raúl detuvo el auto a cincuenta metros, e interrogó:

—Bajamos?

—Acercate más, le respondimos, inquietos y corajudos.

Llegamos a veinte, a diez metros ... Bajamos del auto. La noche era como de día, o mejor: la noche era como el fantasma del día. El silencio se rayaba de grillos ... Una paloma arrulló su sueño entre las piedras semi caídas de la tapera, entre esas piedras esculpidas de verdín y brotadas de la peculiar "yerba de la piedra". Sentimos sobre nuestras cabezas el aba-

meo de una lechuza. ¡Jamás hubo abanico que produjera tanto chuchol!

Nos acercamos más. Yo, con mi conciencia de hombre, toné la punta. Tiraba del terror como de un cabo. Mi amor propio masculino le daba silenciosos latigazos al miedo. Y el miedo lardeaba. Reina me alcanzó como queriéndome amadrinar. Pero en eso, detuvimos la marcha al unísono, y quedamos arrolladitos de terror, agarrados unos con otros de los brazos como en mutua protección: Una música, oímos una música desentonada, cual desgarrando su melodía entre las piedras ásperas. Una música desflecada como producida por instrumentos desconocidos. Música de "salamanca" o de laguna, cual si llegara a nosotros a través del agua honda de un lago.

Sin cambiar su tono, nos fué envolviendo los sentidos con sus serpentinas negras de carnaval de la muerte, y dió vueltas alrededor de nuestras cabezas, y se alejó y vino nuevamente ensordeciéndonos con sus notas secas y amarillas de danza macabra.

—Díos mío, dijo Rosina Caraba tapándose la cara con las manos.

—Dios mío, dijo Reina haciendo la señal de la Cruz; perdónanos Señor si hemos pecado al venir. El miedo había puesto viboritas en todas las nuca.

Y así fuimos reculando, tomados de los brazos, hasta llegar al auto, sin animarnos a darle la espalda al

F E R N A N S I L V A V A L D E S

caserón. Entramos al coche y antes de partir miramos otra vez, sin quererlo, como tironeados por algo que nos dominaba. Y sobre una de las paredes sin techo de la ruina, tal cual vestida de neblinas largas y movientes a través de las cuales se veía un cuerpo con luces fosfóricas que se escurrían entre las túnicas, se alzaba la muerta, con la cabeza volcada sobre el pecho y los brazos caídos; pero tan caídos como chorros de agua! Toda ella era como un chorro de agua. Parecía colgada. Parecía una novia ahorcada colgando de la luna.

LEYENDA  
DEL POETA Y EL ZORZAL



## Leyenda del poeta y el zorzal

Era una vez un pequeño pueblo, y sus habitantes de significación: el médico, el juez, el comisario, el gerente del Banco, el farmacéutico y el estanciero, todos los cuales se reunían frecuentemente en el club social. En el pueblo había otros hombres buenos y virtuosos dignos de alternar con los nombrados, pero como su posición pecuniaria y social era muy modesta, aquellos no los llevaban el apunte. Entre los que vivían al margen del grupo principal, el que más llamaba la atención era el poeta. Modesto, solitario y algo filósofo, vivía en paz sin pedir nada a nadie. Dictaba una clase en el Liceo; y al decir de los criticones del pueblo, era catedrático de algo que no servía para nada. Al mozo no se le tomaba en serio. No infundía respeto como el comisario, como el juez, como el gerente del Banco. Solo una señorita lectora de novelas y versos lo admiraba, y nada más. Ni novia en su pueblo tenía el soñador. Cuando

pasaba por la comisaría, el guardia civil de la puerta sonreía y comentaba: "dicen que es muy leído el mozo". El comisario, si lo veía desde su despacho, comentaba a su vez con el escribiente; "¿qué mozo al ñudo, no trabaja en nada útil. Enseña macanas a los muchachos... qué mozo más al ñudo"! El Juez, algo más leído que el comisario, ni siquiera lo criticaba; no existía para él. Y así eran en el pueblo los comentarios respecto al poeta.

Pero sucedió una vez, que fué anunciada en los periódicos la visita de un artista extranjero, el cual andaba estudiando costumbres regionales; y los notables del pueblo se prepararon para recibirlo dignamente y de paso lucirse un poco. Era una oportunidad que no iban a desperdiciar.

Bien. Se constituyó al efecto una comisión de recepción integrada por señoras y señoritas — las mujeres e hijas de los notables — y por indicación del director del periódico local, que esta vez había sido tenido muy en cuenta porque necesitaban de él, se incluyó en la comisión al poeta, ya que a lo mejor, al extranjero le daba por "hablar en difícil", y el poeta podía sacarlos de apuros. Bueno, el poeta aceptó. Limpió cuidadosamente su viejo traje negro, se compró una corbata y se entreveró el hombre en los festejos.

Estaban en el club. El médico y el periodista habían pronunciado sus discursos preparados con varios días

de anticipación. El periodista lo leyó, mas el doctor — que se lo sabía de memoria — se dió el corte de improvisar, pero al segundo o tercer párrafo aquella le falló y tuvo que sacar el papelito del bolsillo y continuar leyendo. ¡Qué papell!

Así iba pasando la velada sin que el poeta tuviera intervención activa. Se charlaba hasta por los codos; no decían zonceras; todos querían lucirse, y ya se empezaba a desbarrar, cuando a la señorita admiradora del lírico se le ocurrió que éste, en homenaje al extranjero, recitara algunos de sus versos.

Y dónde está el poeta? preguntó el extranjero con vivo interés. Es aquel, le indicaron. Entonces el visitante unió su pedido al de la joven, y en vista de ello el resto de la concurrencia manifestó igual deseo.

El aludido agradeció, y algo nervioso, dijo que en vez de recitar contaría un cuento al caso.

Aceptaron todos el cambio, lo estimularon a comenzar, y el poeta, con voz emocionada, empezó así: una vez hubo una gran payada de contrapunto entre los animales, festejando la visita de un pájaro extranjero: un hornerito que había llegado al pago desde lejanas comarcas, con la misión de estudiar las costumbres de aquellos parajes. Justamente como acontece hoy entre nosotros, que festejamos la visita del ilustre artista aquí presente.

Entonces los principales animales se constituyeron en

comisión de honor para recibir y agasajar al visitante, y eran ellos: el yaguareté, el puma, el caballo, el asno, el zorro, el buey, y otros. Es decir: los animales de fama por su fuerza, o por su astucia; no siendo convidado pájaro alguno, que hubiera sido lo correcto.

Bien. El día de la fiesta, los allí presentes, para entretener al ave forastera concertaron la gran payada a que acabo de referirme, y formando una extensa rueda, cantaron por turno, con una guitarra que el zorro robó en un rancho, mentando cada cual lo mejor que pudo, sus bellezas, virtudes, etc.

El tigre o yaguareté fué el primero en pedir la bolada, y tomando la vihuela, dijo en su canto lo siguiente:

### **El yaguareté**

Aquí me pongo a cantar  
A la sombra de estos árboles,  
Que uñas para guitarrero  
Las tengo mejor que nadie.

De todos los animales  
Yo soy el mejor pintado:  
Dorado y negro me hicieron,  
Me hicieron negro y dorado.

Quien los colores me dió  
Sabía bien lo que hacía;  
Me dió el negro de la noche,  
Me dió el dorado del día.

Me admiran por ser hermoso,  
Me temen por mi fiereza;  
Donde yo lanzo un bramido  
Tiembla la naturaleza.

Soy hermoso y tengo fuerza  
Que es como tenerlo todo;  
Soy el animal completo  
Y nadie me pisa el poncho.

El canto del yaguareté fué recibido con un murmullo respetuoso. Hecho el silencio, le fué pasada la guitarra al puma o león americano, el que cantó a su vez:

### *El puma*

Aquí me pongo a cantar  
En honor de un visitante,  
Aunque no nací cantor  
Es bueno que a veces cante.

Y no necesito adornos  
Que engalanen mi cantar:  
Cualquier voz alcanza y sobra  
Para decir la verdad.

Yo no soy lindo, señores,  
Como es el yaguareté;  
No lo soy ni quiero serlo,  
Que otras cosas hay que ser.

No soy color día lindo  
Ni color noche cerrada,  
Pero llevo en las melenas  
Una tormenta enredada.

Ser tormenta es tan belleza  
Como ser tiempo soleado;  
No soy color preferido  
Mas soy color respetado.

Se dice que de las fieras  
El león es la más noble;  
Por fuerte, noble y valiente  
Me llaman el rey del bosque.

El canto del puma fué acogido con igual respeto  
pero con más simpatía. Este pasó la guitarra al com-

pañero que tenía más cerca, que era el zorro, el cual la agurró con sus patas delanteras, entonando a su vez lo que sigue:

### **El zorro**

Aunque no es mi vocación  
Cantaré cual los demás;  
Cuando uno se halla en un baile  
Lo más cómodo es bailar.

No tengo fuerza como otros  
Pero venzo al de más fuerza;  
Si no soy rey de los bosques  
Soy el rey de la viveza.

Hasta el hombre, el mismo hombre  
Cuando es más vivo que otro  
Me pone a mí como ejemplo  
Y al vivo le dice "zorro".

Paso a otro la guitarra  
Pues ya canté mi cantar;  
Poco acierta quien mucho habla  
Y a mi me gusta acertar.

El zorro se hizo aplaudir bastante, y luego de agra-

decer, con gesto gracioso entregó la guitarra al caballo, el cual dijo más o menos esto:

### *El caballo*

Yo soy hermoso y soy útil;  
Soy el placer y el trabajo,  
Si me hace cinchar el pobre  
Holgar me hace el potentado.

Llevo a unos a paseo  
Correctamente ensillado;  
Por los campos de la patria  
Llevo a otros al trabajo.

Al principio me maltratan  
Para poderme domar,  
Luego de ello ni me acuerdo  
Pues tengo el don de olvidar.

Soy el amigo del hombre,  
No me canso de decirlo;  
Si el hombre me quiere alto  
Me quiere el niño, petizo.

Tengo un lugar destacado  
De estos pueblos en la historia;

Yo fuí la mitad del triunfo  
Y fuí el todo en la derrota.

El caballo, concluido su canto, y agradeciendo las manifestaciones de aprobación que merecieron sus palabras, entregó el instrumento al asno o burro, como le nombran vulgarmente, el cual, con gesto de gran personaje, luego de unos rasgueos, se expresó como sigue:

### *El asno*

Esta guitarra es ilustre  
Por quien en ella cantó:  
En ella cantó un paisano  
Y hoy con ella canto yo.

Soy el amigo del hombre,  
Yo lo ayudo en su trabajo;  
Cuando él no puede una cosa  
Lo saca de apuro el asno.

Y así cargado con bultos  
Me lleva por los caminos;  
¡Ay, si no fuera por mí  
Qué mal se la hubiera visto!

Tengo afición por el arte;  
Tengo fama de letrado;  
Y soy un poco filósofo  
Y otro poco literato.

Porque de los animales  
Soy el más leído y sabio,  
A algunos hombres que piensan  
Y escriben, les llaman asnos.

Concluido que hubo su canto el señor asno, miró a la concurrencia como buscando su aprobación, la que le fué concedida de modo clamoroso. Todos aplaudían, todos festejaban riendo, aunque nunca se pudo saber si eran en serio o en broma aquellas manifestaciones.

Y conseguido el silencio, oyeron al buey:

### *El buey*

Pues por no desentonar  
En fiesta que va tan bien,  
Aquí me pongo a cantar  
Compañeros, yo también.

Amigos, voy para viejo  
Mas fuí joven una vez;

Fuí ternero, fuí novillo,  
Y ahora buey, como ven.

Nacido en estos lugares,  
De ternerito jugué;  
De torito combatí,  
Y hoy trabajo, de buey.

Y antes de cerrar la boca  
Agregaré esta verdad:  
Cada época en la vida  
Tiene su conformidad.

No tengo más que decir  
Del extranjero en honor,  
Mi vida es muy conocida,  
Discúlpeme la reunión.

Modesto fué el buey, mas no por eso dejaron de aplaudirle como al mejor.

Terminado el canto del buey, que era el último en la rueda de cantores, todos notaron que aquello no estaba concluído, que faltaba algo indispensable, que faltaba el canto de algún pájaro, que era, entre los animales, el verdadero cantor. Entonces varios de los presentes miraron hacia arriba, y habiendo en los árboles algunos pájaros observando y escuchando la

payada, el zorro salvó la situación con su acostumbrada viveza, pues dirigiéndose a un zorzal, se encaró con él y haciendo como si el pajarito fuera de la reunión, le dijo: bueno, ahora le toca a usted, amigo zorzal. Usted como tiene alas se acomodó por allá arriba. Haga el favor de bajar, pues de lo contrario no podremos alcanzarle la guitarra.

Sí, ahora le toca al zorzal, dijeron los otros, comprendiendo la viveza del zorro. Entonces el pajarito, asombrado, empezó a disculparse y a explicar que se había puesto allí para mirar y oír solamente, pues él no había sido invitado. Pero los restantes animales cubrieron con sus voces la del zorzal, para que el extranjero no se enterara del olvido. Y como lo volvieron a invitar a dar comienzo a su canto, el avecilla, sin hacerse de rogar, accedió, y desde la ramita donde estaba posado, sin guitarra ni nada, cantó lo que va a continuación:

### **El zorzal**

Con permiso de la rueda  
 Como manda la ocasión,  
 Aquí me pongo a cantar  
 De otro pájaro en honor.

*l. E Y E N D A*

Yo sé que todos nacemos  
Para cumplir un destino:  
El destino de ser grandes  
O el destino de ser chicos.

A mi me tocó nacer  
Sin fuerza ni poderío,  
Pero nací con dos alas  
Y todito el bosque es mío.

No tengo fuerzas ni armas,  
Más armas tiene una rosa.  
Mi destino es cantar siempre,  
No sirvo para otra cosa.

No soy lindo ni gallardo,  
Temible ni poderoso;  
Vivo media vida en vuelo  
Para dejar sitio a otros;

Y si en la tierra me poso,  
En una piedra o un árbol,  
Pago mi derecho al suelo  
Con el cobre de mis cantos.

Sé que mi canto en el bosque  
Poco llama la atención;

Que es uno de tantos ruidos  
No más, de la creación;

Como el silbo del pampero;  
Como el rugir del león;  
Con algo menos de fuerza  
Y algo más de afinación.

Que solo lo aprecia el hombre,  
Y todo para mi mal,  
Pues para oirme a su gusto  
Me quita la libertad.

El canto del zorzal, a medida que lo iban escuchando producía en los oyentes una singular mezcla de admiración, de asombro e incredulidad, todo traducido en un raro silencio. Pensaban si sería posible que el vulgar pajarito que todos los días cantaba sobre sus cabezas — sin que ellos hubieran puesto jamás atención alguna a su canto — dijera cosas tan hermosas, al parecer, y al parecer tan grandes verdades.

¿Y sería realmente de valor tal canto? En esto pensaban cuando el extranjero los sacó de dudas, pues no bien concluyó el zorzal de cantar, se levantó de su asiento y abriendo las alas lo invitó a ubicarse a su lado, a su derecha, en el sitio de honor; y al contestar a su vez a los presentes, dijo entre muchas cosas inte-

resantes, que el bosque debía sentirse orgulloso de tener aves como el zorzal, que cantaban tan bien y que fueran tan modestas. Agregando que si en su canto discurso se refería con especialidad al aludido cantor, no era por desprecio a los otros animales respetables, fieros y fuertes, sino solamente por que como él era un artista y había venido en misión intelectual, en el zorzal veía su igual, y el animalito representativo de la belleza interior y de los ideales, tan necesarios en la vida.

Como si solo hubiera faltado la opinión del ilustre visitante para consagrar al cantor del bosque, todos los animales lo felicitaron, le hicieron rueda y se sintieron honrados con su presencia, y orgullosos de que fuera también uno de los habitantes de la selva.

Y pasó por un portoncito, pasó por otro, para que uno de ustedes me cuente otro, dijo el poeta concluyendo su fábula, ante la atención silenciosa y comprensiva de su auditorio.

Entonces, y como había sucedido en la propia fábula, el ilustre hombre extranjero se levantó de su asiento, fué hasta el extremo del salón donde se hallaba el modesto poeta del pueblo, y luego de darle un caluroso abrazo, lo condujo al lugar donde él estuviera sentado durante la velada, ofreciéndole su propio asiento ante el asombro general de la reunión.



## LEYENDA DEL TIMBÓ

Había enseñado a sus hijos cómo se caza a la fiera; cómo se pelea al enemigo, cómo se domina al semejante. Y así, padre de varones, en su vida hecha para dar ejemplos, todo había sido dureza, energía, grito de guerra. Pero al final de su fuerte madurez, la india que compartía su toldo le había dado una niña. Una niña después de tanto indiecito escalonado. Y como a un cactus cualquiera de la naturaleza vegetal, a aquella espina humana le había nacido una sonrisa, quiero decir, una flor.

Así fué la niña india: flor por lo femenina y flor por su hermosura. Fué hermosa, primero porque lo fué, y segundo, porque tenía que serlo para cumplir su destino dentro de la leyenda.

Toda leyenda es vida en sus raíces, y ella fué una de las raíces de esta leyenda.

La fama de su belleza salió del pago hacia otros lugares, y como a los otros pagos llegó agrandada al pasar de boca en boca y de admiración en admiración, los hombres vecinos la amaron primero que los de su tribu. Y el hijo del cacique más próximo fué el primero en buscarla. Sus bomberos le comunicaron que la hermosa se internaba en el bosque lindero en busca de frutas y de flores; y él rondaba el bosque con sus armas en son de cacería. Un venado que él perseguía, se detuvo junto a un burucuyá que solía visitar ella; y

nal, el animal de los ojos dulces y la enredadera de flores santas los pusieron frente a frente.

Hablaron y se entendieron, que para ello habían nacido. Tarde a tarde se encontraban junto a la planta de frutos amarillos y crucificadas flores. Y como por ley de sus tribus no podían unirse, rompieron la ley de los hombres obedeciendo a la ley de Tupá. Y se fueron juntos. De la dicha de los amantes no es necesario hablar. La leyenda se nutre de felicidad y dolor. La felicidad tiene alas y vuela, como volaron ellos: el dolor se enredra y gime, como gimió el viejo cacique al perder a su flor, arrastrándose penosamente en su busca.

Primero envió comisionados a todas las tribus vecinas, reclamando a su hija y amenazando con la guerra a la tribu que la poseyera, si no la entregaba. Y por los emisarios de vuelta, supo que el heredero de la tribu más próxima también había desaparecido, suponiéndose, por lo tanto, que con él se había fugado la bella india, ignorándose el lugar en que ocultaban su luna de miel.

Entó así que el viejo guerrero salió en su busca acompañado de sus jefes de confianza.

Las cuentas de color de los días tropicales se fueron entechando una a una, en el grito paternal con que la llamaba de árbol en árbol, de río en río y de cerro en cerro.

Los pájaros seguían cantando inocentes y ajenos al dolor del hombre; sólo el urutaú parecía compadecerlo, acompañándolo de noche en noche con el llanto-carcajada de su grito impresionante.

El viejo, siguiendo la práctica india, de tiempo en tiempo apretaba su oreja contra la tierra, en la esperanza de oír los pasos de su hija, volviendo arrepen-tida o feliz — fuera como fuera — a su reclamo.

Y llegó el invierno.

Sus hombres, viendo lo infructuoso de la busca, decidieron abandonar al viejo “tubichá” que no escuchaba razones ni quería volverse.

En su dolor había perdido el sentido.

Se pasaba las horas con el oído en tierra ante la impaciencia de sus indios. Hasta que estos lo amenazaron con dejarlo solo.

El viejo cacique no cedió, y sus hombres, entonces, lo abandonaron.

Al año siguiente, cuando los días se empezaron a alargar la pisada del chajá, salieron a buscar al cacique.

Antes de contar una luna lo hallaron; pero lo hallaron muerto en la humedad de un bajo. Su cuerpo estaba intacto, como conservando una apariencia de vida con la cual recibir la feliz presencia de la hija que nunca volvió.

Cuando lo fueron a levantar, vieron que estaba uni-

**I. E. Y. E. N. D. A**

do a la tierra por una de sus orejas, que había echado raíces vegetales. Para rescatarlo tuvieron que cortar-le la oreja, la cual quedó unida a la madre tierra. Sólo así se lo llevaron.

Y de esa oreja nació una planta; y esa planta se hizo árbol corpulento; y ese árbol, todas las primaveras produce unas bayas oscuras en forma de oreja humana: las orejas del indio.



## UNA NOCHE DEL DIABLO



## Una noche del diablo

Era una cocina negra y grande, como cuadraba al caserón que constituía "las casas" de la estancia del capitán del Olmo. El edificio era chato, viejo y cuadrilongo.

Hacia dentro formaba un patio extenso, casi como una plaza de armas, cruzado en forma de X por dos maderos que lo dividían en cuarteles, asemejándolo a un escudo heráldico. Una gran abertura—que antaño había sido puerta—enseñaba la salida al campo por entre dos pilares decapitados.

El peón, con un tizón a medio encender, revolvía el fuego que se apagaba en rojo como el sol en un crepúsculo.

Alrededor de una mesita enana y con berrugas de sebo, tres hombres jugaban al "truco de gallo". El peón, de cuando en cuando les alcanzaba un mate, y mientras esperaba que se lo devolvieran, seguía las al-

ternativas del juego, al tiempo que acariciaba a uno de los dos perros grandes y peludos que, medio dormidos, gruñían cerca del fuego con las cabezas alargadas sobre las patas delanteras como sobre dos paralelas.

El capitán orejeó los naipes entornando los párpados, y con voz engolada y un tanto socarrona recitó:

“A visitarlo he venido  
Amigo Don Salvador,  
Con una noche fieraza  
Y una helada de mi flor”.

Don Nicomedes — a quien se había dirigido con un gesto el capitán al cantar flor — echó un juramento y miró al capataz, diciendo:

—Yo no canto, ¿y usted?

—Apunto, contestó el interrogado, estirando las piernas por debajo de la mesa y haciendo sonar las rodajas de las espuelas. Era un tipo de hombre curtido de intemperie el capataz, de bigote tordillo, retacón y de piernas algo combadas. Usaba botas de potro, chiripá negro y una camisa de lana a bastones, en contraste con la indumentaria de Don Nicomedes, gaucha pero “mestizada” con algunas prendas de pueblera acomodado, y con la del capitán del Olmo, que tenía de gaucho y de militar a la vez.

—Flor y truco — gritó el capitán apretando un nai-

pe por una punta con los dedos índices y pulgar y levantándolo como para jugarlo enérgicamente.

Me voy a baraja — dijo Don Nicomedes, arrojando las cartas con desaliento.

Pucha que es maula, amigo — dijo el capataz; — usted dispara hasta de la vaina. Yo con esas dos “matas bravas” me hacía el fuerte toda la vida.

¡Qué voy a querer después de oírlo cantar, si siempre “liga dos piezas” — contestó Don Nicomedes, dejando traslucir su miedo de perder la moneda de plata con que se interesaba el juego. Era el vecino más bendecido de la región, pero también el más tacaño, según voz corriente. El capitán del Olmo era el caudillo del pago, título que le había conferido el gaucho de varias leguas a la redonda, en mérito a su valor personal puesto a prueba en las luchas civiles y a la simpatía que despertaba su carácter altivo y generoso. Era un hombre que se jugaba la vida por cualquier cosa: por una idea o por una palabra, por una mujer o por una cinta. Hasta Don Nicomedes — que no daba un paso por nadie — lo respetaba y lo quería.

Afuera, en la noche, reventó un trueno.

Santa Bárbara bendita — dijo el capataz; — llueve y truena que da gusto estar al reparo. Y ese viejo que no vuelve . . . ¿Le habrá pasado algo? — agregó.

Siguieron jugando. El caudillo llevaba varias monedas ganadas y las hacía sonar en el cinto, como chuleando al tacaño vecino, sobre todo cuando al "truco de gallo" les tocaba ir en contra.

El ruido de la lluvia se deshacía sobre la paja del techo, y el viento se quebraba en el alero como en el filo de una espada. Junto a la puerta sonaron unas rodajas y los jugadores levantaron el ceño interrogantes, cuando apareció en el umbral la figura miedosa de un viejo barbudo, que chorreaba agua por los largos pliegues del poncho. Estaba tembloroso y tenía el terror pintado en el rostro. Los perros, que se habían levantado al ruido, se asomaron al patio friolentos y vigilantes.

—¿Qué le pasa, Don Paulo? — interrogó el capataz. El viejo quería contestar pero el susto le ataba la lengua.

—Desembuche de una vez. ¿La majada está en la loma? — preguntó el patrón.

Ayí mesmo la vide; payasito e las piedras y la dejé quieta, pero . . .

—¿Pero qué? — preguntaron las voces del caudillo y del capataz al mismo tiempo.

—Pero lo que también vide jué "al malo", que me salió al paso. Bendito sea Dios — y el viejo hizo la señal de la cruz.

Los hombres se quedaron en suspenso. El capitán,

que no tomaba muy en serio lo de las apariciones, preguntó:

¿Con un candil en la mano, no es ansina, viejo?

No, señor; vide una sombra emponchada e negro, que me dió el alto en un tordillo blanco como pa juntar centeyas y que escupía humo encendido por el hoclo.

¿Y vos qué hiciste, te paraste?

Yo asujeté'l bayo, martiyé'l trabuco y le pregunté qué no le ofrecía.

Lándo el viejo corajudo — dijo una voz en medio de la general expectativa, mientras el peón, con el muto luleado y próximo a chorrearse, se acercaba al grupo atraído por una curiosidad miedosa y como si con dos tientos lo tironearan de los ojos.

Me dijo si quería darle juego, y se me vino arriando — siguió diciendo el viejo. — El bayo se me daba güelta, queriendo juir, pero en quantito lo tuve a bono e jarro le escupí un trabucaso en la trompa. El mancurrón se me alzó en las patas y manoteó al aire como arañando al viento, mientras la sombra me soltó una rima larga como un relincho e cristiano. Entonce le corrió piernas al matungo y me vine en una hebra. Pero escuché que me decía que dentro de un ratifo no más estaba con nosotros.

Otro trueno explotó con un sonido metálico, seguido de un eco largo y ronco como un rezongo monstruoso.

Después hubo un gran silencio en el campo, como si todos los ruidos hubieran sido aspirados por la boca oscura de la tormenta.

El relincho de un caballo, como una clarinada, rayó la noche. Los perros, que habían salido al campo, ladraron con furia. El capitán se incorporó enérgico y, disponiéndose a salir, echó mano a las armas.

—No salga, capitán, dijeron varias voces a la vez.

—¡Qué no he de salir, caracho!

—No salga, capitán; espérese, repitió la voz de Don Nicomedes.

Los perros como huyendo de un peligro sobrenatural, lanzaron un aullido doble y retrocedieron hasta dar con sus cuerpos en la puerta que el capitán intentaba abrir seguido del capataz, mientras el vecino y el peón se lo impedían apuntalándola con un tronco arrimado a la cocina para hacerlo leña. Volvieron a ladrar los mastines arañando la puerta como queriendo entrar.

—Dejen que dentren los pobres animales tan siquiera—gritó el capataz, mientras de un manotón separó el tronco, que cayó al suelo con estrépito.

Entonces patrón y capataz, echando mano, salieron puerta afuera, mientras los canes, envalentonados ahora, atropellaron en la oscuridad.

Un relincho igual al anterior se oyó tan cerca como si hubiera sonado en sus propios oídos.

Quién va? — dijo una voz con timbre agresivo.

Ave María . . . — respondió otra voz.

Sin pecao . . . — ¿Qué se le ofrece?

Soy un forastero y ando perdido, señor, dijo la voz. — Los hombres guardaron silencio por un momento, como si dudaran. Los que habían quedado adentro se animaron a asomar las cabezas, sosteniendo una lucha entre el terror y la curiosidad. Una ráfaga de superstición sopló a contrapelo en todas las almas, y pasando por las nuca se resolvió en una vibración de frío a lo largo de las espaldas.

Acérquese más que no lo vemos — gritó el capitán.

La noche está muy oscura — dijo la voz, mientras no distinguió a seis u ocho pasos la silueta clara de un caballo, al parecer sin jinete.

Buenas noches — dijo la voz del hombre hasta ese momento invisible, mientras asomaba la cabeza por encima de un poncho negro. Los perros, que no habían cesado de gruñir, retrocedieron cobardes, parada y tiera en la pelambre de las cruces. El capataz los espantó.

Bajesé, amigo — insinuó el capitán con tono firme. El jinete echó pie a tierra. La claridad que salía del interior lo alumbró a medias. Los dos hombres lo observaron con desconfianza, una desconfianza que el capitán disimulaba por amor propio con un exceso de cortesía. El forastero se adelantó, dió la mano y dijo:

M'estraviao en la escuridá, capitán, y me ayegué

a la luz como las lechuzas, pa pedirle hacer noche hasta que abra el día. La luz le daba de lleno. Estaba rienda en mano. Aun cuando el poncho lo cubría casi por completo, se adivinaba un gaucho lujosamente vestido, alto, flaco, trigueño, de barba en punta y bigotes abiertos. Usaba botas negras, espuelas de plata, sombrero de anchas alas y golilla blanca.

Haber vos, dentrá ese animal al galpón — ordenó al peón el capitán, y dirigiéndose al recién venido, señalándole la puerta, agregó: — Pase pa dentro, amigo. El desconocido entró sin titubeos, como hombre merecedor a todas las atenciones. Saludó uno por uno a los que estaban dentro, sin hacer distinción de clases, y tomó asiento junto a la mesa de juego. El viejo Paulo lo examinaba sorprendido desde un rincón, y entre las cejas peludas los ojos se le ponían “como el dos de oros.” Notó esto el forastero y encarándose con él le dijo sonriente:

—¿No le aseguré, amigo, que iba a estar en seguida con ustedes?

Todos se quedaron atónitos, y cada vez más desorientados. Las puntas del pañuelos blanco que el hombre traía de golilla mostraban el tizne de un fogonazo. El viejo enmudeció de susto. El forastero sonreía.

—No se mueva naides—dijo entonado el capitán,— sea el señor hombre o diablo, está en mi casa, y en la suya. Mi deber es hacerle agradable el tiempo que pa-

no bajo este techo; por eso, pa matar el tiempo, a juego de varones le vi'á jugar al que guste.

El forastero por toda respuesta tomó el mazo, barajó largo rato pacientemente, lo puso sobre la mesa con un golpe seco y sin mirar a su contrincante, que no había sentado enfrente, dijo: "Corte".

El capitán cortó mientras el desconocido se desprendía el cinto y lo cruzaba sonando a oro sobre la mesa. Comenzó el duelo. Los espectadores, con recelo y todo, rodearon la mesa de juego mientras el capataz, apretando el cabo del cuchillo, se comía con los ojos al recién venido.

El hombre echó cartas. El capitán apuntó una moneda de oro a un "caballo" contra un "rey". El forastero volvió el mazo: el "rey" estaba "en la boca". El capitán perdió. Barajó otra vez; cortó el capitán, apuntó varias monedas y volvió a perder. Y siguieron jugando hasta la madrugada. El forastero ganaba dos o tres paradas y perdía una, como alentando a su contrario. El capitán luchaba por conservar su habitual sangre fría, pero estaba sudoroso y de mal gesto. El visitante sonreía siempre. Y siguieron jugando.

Amanecía.

¿Qué juega? — preguntó el forastero.

—La "punta" 'e noviyos del potrero 'el monte.

—Antes de tirar las cartas el banquero se dió vuelta y lo arrojó una moneda al peón diciéndole:

—Che, ensiyam'el porcelano, qu'está amaneciendo.

El muchachón recogió la moneda con cara de bobo y salió a cumplir la orden dando tropezones.

—Un "dos" y un "cinco" — dijo el forastero poniendo los naipes sobre la mesa.

—Copo — dijo el capitán atravesando el "cinco".

—El banquero dió vuelta el mazo y empezó a "tirar", ligero al principio, mirádoles la pinta y cachazudamente después. Y los naipes iban apareciendo uno a uno; parecía que iban a salir todos los números menos los de aquellos que estaban en juego.

—¿Quiere abrirse? — preguntó el visitante.

—No, señor — contestó el capitán; — tire no más.

El banquero tiró otra carta; todas las cabezas se inclinaron afiladas de emoción: el "dos".

El capitán se incorporó sudoroso, miró al forastero en los ojos y con voz templada dijo:

—Ta bien, amigo; me ha ganao a ley de juego y verdá.

El ganador metió varias pilas de monedas en el cinto, se lo abrochó a la cintura, encendió un cigarro, y dando las gracias se despidió de la rueda asombrada. El capataz, cuchillo en mano y ciego de ira, se abalanzó sobre él, pero el capitán de un empujón lo echó a un lado reprendiéndolo. El hombre misterioso se concretó a dar las gracias al dueño de casa, y sin hacer mayor caso del agresor, poniéndose el sombrero salió.

Ya era día claro. El peón esperaba con el caballo de

la rienda. El forastero se apretó el nudo del pañuelo que llevaba de golilla, agarró las riendas, volvió a apretar la diestra de los presentes y luego la del capitán, que lo había acompañado hasta afuera, montó ágilmente, se hundió el sombrero hacia adelante y partió al trote largo.

¿Y se cobró la "punta"? — preguntaron varias voces al viejo capitán, que a los muchos años del suceso lo narraba en un fogón revolucionario.

Mis noviyos no los vino a buscar naides nunca; pero en cambio, al agarrao de Don Nicomedes poco después del caso le vino una mortandá de reses que día a día amanecía el tendal. No le quedó ni una. El rodeo enterito se lo yevó el diablo.

¿Y no sería el diablo mesmo? — preguntó una voz.

¿Y dejuero... quién había'e ser? — contestó el capitán.



EL TRUCO



## El truco

El pueblo crea o adapta sus juegos espontáneamente. Sin cálculos ni razones, improvisa, asimila o modifica, siempre a su semejanza, aquello que consueña con su ser colectivo. Siendo los juegos un aspecto de las costumbres del pueblo, sus orígenes habrá que buscarlos en el lugar y la edad en que ha madurado su raza. Pero cuando un pueblo, — apremiado por el ritmo de la vida, — necesita un juego que no existe en el haber de su raza, lo crea; y si no tiene tiempo, — históricamente, — para ello, lo asimila, devolviéndolo modificado, a la medida de su espíritu y de su físico. Tal ha sucedido con el "football", el juego "rubio", latinizado por los hispano - americanos, y latinizado, no de modo igual, sino con características propias, ya que los españoles lo volvieron todo empuje y nosotros todo gracia.

Mas no voy a referirme al juego físico de la raza

fría, sino a un juego intelectual y representativo de estos pueblos, a nuestro viejo y amojosado juego de naipes denominado "truco".

El "truco" es, entre los juegos de naipes, el más criollo y el que siempre prefirió y sigue prefiriendo el hombre nativo de las tierras del Plata. Digo juego criollo en general, y no gauchó, en particular, porque si bien el hombre del campo y de otrora le imprimió su sello, era jugado indistintamente por éste y por el puebleró. Sus incidencias están pintorescamente salpicadas de refranes y decires criollos, tan de la boca del gauchó y paisano, como del mozo puebleró aquerenziado en la esquina del almacén, o como del señor de las ciudades del Plata de pura cepa criolla, que pitaba tabaco negro con chala y usaba al cuello, en forma de boa, aquel característico poncho de vicuña.

Si es el juego de barajas criollo por excelencia, es también, por sobre todo, el juego varón. Otros juegos de naipes son practicados por mujeres, como el "bridge", el "pocker", la "escoba de quince", etc., pero no conozco ninguna mujer jugadora de truco. El se adorna con todas las galas — positivas o negativas — del criollo: es taita, compadrón, decidor, florido... para jugarlo bien hay que poseer mucha vivacidad, concebir las jugadas con rapidez, tener buena memoria pa-

ra llevar la guía de los naipes que han salido y también ser-engañosador y desigual. Es un juego bien latino.

Ignoro como llegó al Río de la Plata. De su origen ibérico no caben dudas. El Diccionario trae la palabra "truco": juego con bolas de marfil. No es nuestro juego. Trae también: truque y truquiflor, juegos de convite, y por la descripción que hace se ve que se trata de nuestro truco, y más del "porteño" que del "oriental"; diferencia apreciable e interesante, sobre la cual más adelante trataré.

No he encontrado nunca artículo o estudio sobre el tema, verdad que tampoco lo he buscado mucho, pues la investigación no es actividad de mi resorte. Con todo, creo que el truco no ha sido tema preferido por los escritores criollistas, ni tampoco por los investigadores. Sólo he leído sobre él una descripción en verso de Ascasubi en su "Santos Vega" y unas décimas justas y jugosas del poeta Guillermo Cuadri.

Paso por alto, pues, la investigación histórica de sus orígenes, así como la de sus diferencias y semejanzas entre el que se juega en la Argentina y el que se juega en el Uruguay, trabajo que ya tomará a su cargo alguien con más dedicación que yo, y sigo refiriéndome al juego en sí, cristalizado y clásico — en cualquiera de las dos maneras — como lo jugó el gaucho, como lo ju-

gó el señor criollo de ayer, y como lo seguimos jugando muchos criollos de hoy.

Yo afirmo que entre los juegos de naipes, el "truco hasta el dos" es una obra maestra del género.

Vigoroso en su estructura, con ese vigor característico de lo español; y en ancas, pintoresco y florido en sus puntas.

No es juego de azar. Gana el que lo juega mejor. Tampoco es del género que llamaré timba; no en el sentido del azar, sino en el sentido correspondiente a la emoción de jugar dinero, como sucede con el monte, por ejemplo.

El "truco" es desinteresado. No se le juega por ganar plata, sino por entretenimiento, por descanso, — en el sentido de cambiar de actividad, como todo juego no profesionalizado,—por cultivar la vena gallarda y altanera que tenemos los hombres de vieja cepa; en fin voy a agregar que se juega por criollería.

Se dice: gané tanto o cuanto al monte. En primer término está la cantidad ganada. Y se dice: le gané a fulano un partido al truco. En primer término está el amor propio satisfecho. Una partida de monte o de gofo sin interés es aburrida; no se concibe. Una de truco, se concibe por el truco mismo, por imponer condiciones de jugador hábil. Y cuando por seguir la cos-

tumbre de "interesar" el juego, se le asigna algún interés material, éste es de otra índole: un "entero" de lotería, una cajilla de cigarros o un cordero "ensillado". Hombres que al monte se juegan hasta la camisa, se avienen a jugar al truco por un peso el partido. Es uno de los juegos en que entra en mayor grado el amor propio. Hacer una chambonada, "cantar errado" es risible. Perder un "vale cuatro" es casi deshonoroso, a menos que se pierda "bien perdido"; por ejemplo: con el "cuatro" contra el "dos" o con el "bastillo" contra la "espadilla". Y ganarlo tiene tal importancia intrínseca, que el afortunado "lo raya" en la pared o en la mesa.

"Aquí está Jacinto Amores!  
Vengo, paisano Simón,  
a ganarle un **vale cuatro**  
y al grito rayarseló"

Ascasubi.

El partido se hace de cuatro o de seis jugadores y por el sistema de compañeros: dos contra dos y tres contra tres. Se juega a un número determinado de tantos, en dos jornadas o "chicos"; a dos "treinta" o dos "veinticuatro". Los puntos para ganar se llaman: "flor", "envido" o "truco"; con sus derivaciones: "con-

tra flor el resto”, “la falta envido”, “retruco” o “vale cuatro”, etc.

Pero sería engorroso entrar en esos detalles. Vayamos ahora a puntualizar las diferencias del truco que se juega en la Argentina y el que se juega en el Uruguay.

El argentino es, seguramente, el mencionado en los diccionarios con la palabra “truquiflor”, donde la “flor” se forma con el mismo palo en las tres cartas que se reparten a cada jugador en cada vuelta. Unica manera de formar “flor”. En el modo argentino no hay las cartas llamadas “piezas”, ni se pone baraja indicadora del palo que es el triunfo. De este modo las cartas más altas son “la espadilla”, “el bastillo” y los dos “sietes bravos”, siguiendo luego el tres, el dos, etc. En cambio, el modo oriental es más rico y amplio; hay cinco cartas superiores a la “espadilla” y se forma la “flor”, no de una, sino de cuatro maneras distintas; utilizando esas cartas llamadas “piezas”, que son: el dos, el cuatro, el cinco, el caballo (perico) y la sota (perica) del triunfo o muestra. La “flor” mayor en el truco porteño es de treinta y ocho, y en el oriental de cuarenta y siete. El envite mayor en el primero es de treinta y tres y en el segundo de treinta y siete.

Bien. Más rico o ampliado uno que otro, ambos tie-

nen la virtud de interesar y apasionar a sus cultores, y ambos poseen el aspecto florido y pintoresco que le da la costumbre de jugarse entre versos y dicharachos.

La primera vez que presencié, siendo niño, una partida, fué en mi casa paterna. Jugaban mi padre y varios amigos.

Mi padre cantó "su flor" con estos versos:

"A visitarlo he venido  
amigo don Salvador,  
con una noche fieraza  
y una helada: "de mi flor".

Otra vez, años más tarde, en una estancia a orillas del arroyo Casupá, escuché esto; el jugador que tenía "flor" la cantó o declaró así: "floreció mi esperanza", y un contrario, que también tenía, y flor grande, seguramente, lo abarajó en el aire replicando: "y la secó un yelo..." Agregando luego: "contra flor el resto", que es la frase equivalente a decir: a la mejor le juego el resto de los tantos, o lo que es igual; el partido.

Muy conocido es lo siguiente, siempre para cantar flor, que es el punto máspreciado:

Una flor en una tina  
¿será "flor" o Florentina?

F E R N A N S I L V A V A L D E S

La mayoría de los versos que se usan en el juego son para cantar flor; pero también los he oído para envidar:

“Aquí está un mozo oriental,  
paisano muy albertido;  
viene a pasar un buen rato,  
diciendolés: “real envido”.

Puede suceder que si algún contrario tiene “flor”, como ésta excluye al “envido”, le conteste de esta manera:

“¿Y esta “flor” donde la tiro?”

Pero sólo una vez oí “querer” en verso. Habían trucado, y uno de los jugadores, en lugar de decir “quiero” a secas, como se estila comúnmente, replicó así:

Dicen que el ñandú es ligero,  
y que se hace el muerto el zorro  
y el gaucho dice: “te quiero”,  
cuando habla a su china al oído.

Palabra que se profiera durante el juego, y estando a la vista la carta del triunfo, así sea en conversación

con los mirones de afuera, es palabra válida. Por eso es que los términos referentes al juego se insertan en versos, o decires, y al pronunciar éstos, queda ya planteada seriamente la jugada y, dicho sea de paso, de una manera pintoresca o socarrona, bien a propósito para torear al contrincante.

Salvo las excepciones de toda regla, cada partida de seis o cuatro jugadores, cuando son criollos de ley, es un torneo poético picaresco, una batalla, no sólo de naipes, sino de choques espirituales, donde rivalizan la flor episódica del juego, con el episodio florido de las palabras saladas de intención y campanudas de taitería.

Yo he visto a gentes que viven el día cotidiano en una corrida actitud de seriedad vulgar hasta el aburrimiento, transformarse y hasta ser brillantes y acaaparadoras de la atención de la "barra", — como ahora se dice, — durante un partido de truco.

Y antes de concluir, voy a relatar un caso que le aconteció a un amigo mío. Venía en viaje de regreso de Europa al Plata. Un grupo de pasajeros habían hecho rueda, con esa rápida amistad hija de los viajes. Dicha rueda se componía de rioplatenses y algunos europeos con predominio de ingleses. En mitad de la travesía, a los ingleses se les ocurrió realizar un campeonato de "bridge", y como la mayoría de los criollos no lo sabía jugar, quedaron de mirones, mien-

tras los extranjeros se divertían entre sí. Así pasaron tres o cuatro días fastidiosos para los platenses que habían quedado en una situación algo desairada. Pero, — me decía mi amigo, — a uno de nosotros se le ocurrió realizar, a nuestra vez, otro campeonato, y el tal fué un campeonato de truco. Yo había aprendido, — casualmente, vea que ironía, — a jugar al truco porteño en París! Metimos tal algazara, a punta de versos y refranes y carcajadas, que al final los ingleses abandonaron su bridge para convertirse, a su vez, en “barra” nuestra.

## INDICE

	<u>Págs.</u>
Leyenda del gaucho que tenía payé. . . . .	7
Leyendas de Achar. . . . .	17
Leyenda del Paso de la Cruz. . . . .	25
Leyenda del Paso de los Toros . . . . .	35
Leyenda de los dos payadares . . . . .	47
Leyenda del caserón de la muerte . . . . .	55
Leyenda del poeta y el zorzal . . . . .	65
Leyenda del Timbó. . . . .	83
Una noche del diablo . . . . .	91
El truco . . . . .	105





IMPRESA NACIONAL